

Ubi sunt: Metáfora de la nostalgia en Mario López.

Bujalance
24 abril 2004

Los poemas de Mario López a los que me voy a referir bajo el epígrafe “metáfora de la nostalgia” forman un grupo integrado dentro del libro de 1960, *Universo de pueblo*. Constituyen la última parte de este libro, estructurado en cuatro apartados, y el poeta los titula de manera genérica “Los *ubi sunt*”.

El tema del *ubi sunt*, tan frecuente en nuestra literatura encarna la angustia vital del paso del tiempo largamente expresada por los poetas. Recordemos al maestro Jorge Marique por cuyos versos paradójicamente no parece que pase el tiempo. Porque de tiempo se trata. Con el tópico literario del *ubi sunt* Mario López realiza una elegía a la fugacidad de la vida, a lo que se fue, a lo que pudo haber sido, a lo que no será.

Son cinco los poemas que se inscriben bajo el título “Los *ubi sunt*” y en todos, con un tono elegiaco, el poeta va desgranado la pérdida pero sin angustia, con la conciencia lúcida de la nostalgia. Se canta lo que se pierde. Pero no hay amargura en sus versos. Su palabra extiende un acta notarial del corazón, el plano emocional del forense que diseccionando los restos del naufragio no hace naufragio de sí mismo. Porque dentro de la elegía los poemas no se cierran a la esperanza. Ciertamente el poeta, desde el presente que conoce efímero sabe arraigarse en lo único que permanece: la tierra, y desde allí entona un lamento emocionado y contenido, sutil pero certero y firme:

Solo la tierra queda

Así lo afirma en **Carretera de la nostalgia**, donde el drama del *ubi sunt* es fecundado por otro de los temas eternos en la poesía: el *tempus fugit*. El tiempo, presente ya en el segundo verso se materializa dramáticamente en el verso cuarto

Huye sin dejar huella.

De modo que el poema se constituye en un paseo por la memoria, en un intento de atrapar los lugares de la patria interior. La geografía de la campiña tan presente en la poesía de Mario López se levanta en sus versos, en lo que él denomina *lugares con memoria*.

*[...]La Cruz de los Portales
Cañada de las rosas, La Heredad, Los Leones...*

De donde son los lugares los depositarios de la memoria cuando ésta, como el tiempo, se escapa de las personas. Allí permanece lo que queda junto a la tierra, lo indeleble

*Huellas de carruaje o señal de herradura
Sobre esta larga cinta de nostalgia tendida.*

Porque
*[...]La memoria nos borra
lentamente a los ojos de quienes nos suceden*

Si la nostalgia del campo y el pueblo está en el poema anterior en **Casa del recuerdo** son los objetos los que reclaman un lugar en la memoria, una ficha indeleble para el corazón empañado por el silencio. El poema se llena de palabras borrosas en su significado pero tangibles en su corporeidad que restriegan la manga contra el vaho del espejo donde se aposenta el recuerdo. El silencio es una yedra que amenaza con amordazar la casa, con anegar la memoria de vacío.

*Vacía la casa, el silencio la fue habitando de yedra
y años de humedad.*

Las golondrinas muertas, la *primavera vieja* y detenida, una lámina olvidada en algún libro, *flores de trapo, deshechas por el tiempo* labran una cartografía que no acaba fatalmente en desesperanza porque es la palabra del poeta quien las salva. La actitud serena de Mario López nombra los objetos y al nombrarlos les da vida, los rescata de esa casa del recuerdo y construye una habitáculo en el corazón para ellos.

[...] intactos tras esa puerta que no se abrió nunca.

Al igual que en otros poemas el léxico de la nostalgia está muy presente en la **Elegía de “El Chaparral”**. Ya desde los primeros versos se suceden verbos y sustantivos semánticamente emparentados con el desfallecimiento del recuerdo: *día lejano, nostalgia, recuerdos, añoras*. El poema se constituye en un viaje donde un pasajero husmea el aire buscando la humedad perfumada, la paz de los rincones, el *silencio del campo*, las *viejas alacenas*, la propia identidad en los objetos, en las fotografías en sepia, testigos de un linaje donde reconocerse.

*Gargantillas, sombreros de plumas, abanicos,
Trenzas de niña, guantes, flores artificiales
Y la empolvada muerte de aquel violín sin pulso
Desde el sollozo póstumo del siglo diecinueve...*

El poeta busca en el pasado, obtiene materiales para construir el presente. Acepta la vida que pasa por su puerta y acaba comprendiendo:

¡Oh inmóvil Pasajero de ti mismo hacia entonces!

Si en los poemas anteriores el escenario es el campo y la tierra, la casa rural, los ancestros familiares en sus fotografías veladas por el tiempo, **Elegía de 1952** se sustenta sobre una cartografía urbana plenamente identificable por la abundancia de topónimos que presenta: Es la Málaga de 1952, la de Cántico, la compartida con Vicente Núñez, con Pablo García Baena, con Ángel Ganivet, con Rafael Pérez Estrada. Málaga en su Catedral

y Gibralfaro, en los Baños del Carmen, la Alameda o el Palo tan presentes en la geografía íntima de Cántico.

El poema se convierte, a modo de círculos concéntricos en un monumento a la nostalgia dentro de la nostalgia. Es decir, Mario López, desde un momento presente rememora –nostálgicamente– la nostalgia sentida en 1952 cuando las calles de Málaga se materializan en las diarias cartas a la amada ausente de la ciudad mediterránea. Hermosísimo poema de amor, que nos recuerdan los *Versos a María del Valle*, donde la presencia de la persona amada se hace tangible en la geografía del corazón:

*Mi carta era diaria. Tu recuerdo
cada vez más intenso. Telegramas
entonces te cursé. Desesperados
mensajes de amor vivo
[...]*

Conmigo tú venías.

Son pues poemas de la nostalgia pero serenos, desde la aceptación. Poemas elegiacos por su tono y su palabra. Ya desde los títulos observamos que en todos ellos encontramos semas de la añoranza: “Nostalgia” y “recuerdo” en los dos primeros, “elegía” en los dos siguientes y en el último las palabras latinas que resumen lo anterior; “*ubi sunt*”. ¿qué se hizo? ¿dónde fue a parar la vida? Son poemas epitafio por lo que tienen de clausura de un tiempo o de un recuerdo, aunque la muerte sólo se trate de manera directa en el último **Ubi sunt de muchacha lejana**. La muchacha es lejana, no muerta, porque la conciencia atroz de la muerte no tiene cabida en la mente humana, sí del paso del tiempo, de la pérdida,

De tu existencia apenas si nos queda el recuerdo

Es apenas una *niña lejanísima* que el olvido enturbia como enturbia los objetos y las calles.

*Quedan turbios instantes en las fotografías
Melancólicamente detenidos.*

Versos con los que comienza el primero de los cinco poemas, **Carretera de la nostalgia**, con lo cual el poeta señala el punto de partida: la vida como una fotografía de la que es posible rescatar, arañar objetos, momentos, emociones, con la palabra. La palabra como instrumento de la nostalgia y del recuerdo, herramienta de la memoria.

También el drama de la muerte como el del olvido se viste con la pátina borrosa del recuerdo y el poeta que camina, camino es vida ante todo, que recorre la carretera de la nostalgia y habita en la casa del recuerdo, sigue su caminar aunque no ignore como Manrique que *nuestras vidas son los ríos* que tienen un cauce establecido y una cruel desembocadura ineludible. El poeta camina y en su caminar reflexiona, como todos, sin apenas detenerse, como si de asuntos triviales se tratara, cuando en realidad son lo único importante. A esta muchacha desconocida, *desde mil ochocientos* le dedica un pensamiento, una reflexión póstuma e impresionante por su grandeza y su actualidad.

*Pienso en ti –en estas cosas que poco se meditan,
siendo, a pesar de todo, cuestiones importantes.*

María Rosal
23 Marzo 2004